

MARIA CORTI, *CATASTO MAGICO*, TORINO,  
EINAUDI, 1999

*Elisa Constanza Zamora Pérez*  
*I.E.S. Santa Isabel de Hungría (Jerez de la Frontera)*

*Catasto magico*, obra ensayística de la novelista y filóloga italiana Maria Corti, fallecida a finales del 2003, nos sorprende con un estilo lacónico y sencillo al profundizar en la historia de nuestra cultura, y toma para ello, como pretexto, el volcán Etna, cala obligada en el mundo literario italiano y occidental. Explora a través de una selva simbólica los valores del fuego volcánico, con una gran agudeza crítica, no exenta de poeticidad y belleza.

En su andadura literaria, la filóloga italiana pasea, a través de su escritura, por los senderos de este monte o lo observa desde lejos, y nos convoca en un reencuentro con personajes y obras que conforman nuestra historia, cuyas aportaciones han ido dibujando los límites, la geografía y el rostro de filósofos, literatos o personajes de la intrahistoria, en diferentes culturas.

Nos invita a un viaje por este jardín de textos, cuyo denominador es la presencia indeleble del Etna, como un testigo del tiempo al que contemplamos y nos contempla. A lo largo de sus seis capítulos con títulos extremadamente sugerentes asistimos a la conformación del imaginario colectivo en torno al volcán Etna, que se transmuta en «Columna del cielo», título del primer capítulo, y sobre el que el *logos* mítico ha suscitado todo tipo de creencias y nos ha inducido a aceptarlas.

Al amanecer, sobre el volcán las nieblas se disipan, dejando paso a la luz del día, la retama arbórea salpica de color amarillo sus laderas y la brisa de la mañana lleva en volandas su perfume, pero una figura se columbra, allá en lo alto, surge como su leyenda de nuestra invención, es la figura de Empédocles, a quien las biografías apócrifas sitúan arrojándose a su cráter. La historia de su precipitación a los fuegos purificadores del Etna ha cautivado la imaginación; como señala Maria Corti, al desconocer el final de su vida, éste deviene inmortal. Su figura queda, para siempre, incorporada al paisaje, trazo en el paisaje volcánico y sempiterna recurrencia.

En torno a su imponente relieve se ciernen figuras mitológicas de la antigüedad clásica como Tifeo; su poder de atracción hace que se ocupen de él Hesiodo, Tucídides y el mismo Estrabón, para dejar testimonio de la destrucción de su colada. Su fuego, cuya fuerza es tan devastadora como creadora, será cantado al igual que la belleza de sus atardeceres, que han enamorado a diferentes escritores entre los que destaca M. Wisniewski, quien, según la autora, llegó a exclamar: «Uno di questi tramonti basta per tutta la vita».

En el segundo capítulo «Le due isole dell'aldilà» se oscurece el fuego, uno de los cuatro elementos, «raíces de Todo» como los denominaba Empédocles, así como el ingente perfil

del monte, recortado contra el rojo atardecer mediterráneo, pues las nieblas del norte, de un norte casi polar, cubren el Etna bajo la mirada de la imaginación céltica. Las huellas de la historia dejan su sello en lo mítico, y la dominación normanda sobre Sicilia, trae consigo a sus héroes, moradores del Etna, ya para siempre. Un mundo de magia (Morgana, Merlín) y de historias caballerescas puebla las laderas y las profundidades del Etna, dando asilo al mismo Rey Arturo. El Etna contribuye al desarrollo de la fantasía, y de este modo Ricardo Corazón de León entrega a Tancredo, rey de Sicilia, la espada más bella, Excalibur, en un intento creativo con el que se da prestigio al último período normando en la isla.

En torno al volcán gira, junto a la mitología greco-latina, la normanda. En opinión de la autora, relatos de la belleza de la historia de *Floriant e Florete* o motivos recurrentes como el de la «caza mágica» surgen en virtud de este intercambio textual. Ambas mitologías son los dos polos, reclamados por Rodari en su *Grammatica della fantasia*, para que Avalón y el Etna se hallen en este fecundo encuentro literario. Queda patente, una vez más, que mediante la *poiesis* el ser humano crea la posibilidad de otra existencia, al margen de los límites impuestos por la realidad.

Al observar de modo diacrónico la imaginería suscitada por el Etna nos sorprende tanto su vivacidad, como su poder de transformación al amparo de las diferentes épocas.

Con el Renacimiento, vuelve la luz del arte apolíneo, la belleza de los cuerpos desnudos cantada por el mundo clásico, de ahí, el título del tercer capítulo «Il soprannaturale trasloca».

La claridad renacentista disipa las tinieblas y el Etna acepta impasible la llegada de ninfas volviendo a ser la morada de la reina Galatea. Contemplamos atónitos el movimiento pendular de la historia artístico-literaria. La imaginación analógica rescata de nuevo a Homero, Virgilio, Ovidio, y así nos lo muestra Maria Corti. El Renacimiento, siguiendo muy de cerca a Platón, busca la belleza y la perfección en la creación literaria, inalcanzables en el mundo real, y con esta actitud creadora, Pietro Bembo mirará de nuevo al Etna en 1495, con su obra *De Aetna*. Pero la luminosidad que se cierne como una corona sobre la cima de su cráter, se oscurece con los auspicios de los nuevos tiempos, y el Etna deja de ser un símbolo de elevación espiritual como toda montaña, y pasa a representar «Il cono curvo», como el título del cuarto capítulo señala.

Con el Barroco otros aires llegan hasta su cima, el Papa Paolo III, en 1542, crea el Tribunal del Santo Oficio, intentando poner orden ante un devenir histórico que se va alejando de la ortodoxia católica, y en consecuencia, cobrarán vida renovada las figuras del Maligno y el fuego eterno; la imaginería cristiana oscurece al gigante, morada rugiente para las infernales actitudes de Lucifer y sus secuaces.

El Etna será el telón de fondo de vastas representaciones milagrosas, y de multitudinarias procesiones en las que el obispo de Catania, paseará por las coladas del volcán el velo y el brazo incorrupto de Santa Ágata, mártir cuya historia quedará ya siempre ligada al volcán, desde su muerte, allá por el año 250, bajo el dominio del emperador Decio. La simbología del fuego en esta época se disfraza con su rostro más siniestro y las coladas de lava siembran la destrucción por la ciudad. Su erupción, en esta nueva fase, se torna apocalíptica y la capacidad creativa, bajo el mando de la mitología cristiana, «labora» y hace florecer los ríos de fuego al paso de las reliquias en procesión.

El siglo XVIII vuelve a hacer del Etna la casa donde habitan todos los personajes que durante siglos le ha atribuido la imaginación humana y en el capítulo quinto «Il segreto del tempo» Maria Corti nos presenta a un testigo de la historia que «mantiene il silenzio sulle enormi imprese del futuro». Su silencio crece, a partir de los dos últimos capítulos, claramente más breves que los anteriores, con longitud inversamente proporcional, a la creciente incertidumbre con la que el mundo contemporáneo mira a este gigantesco y silencioso monte.

En el capítulo final titulado «Lamento di fine millenio» Maria Corti nos presenta al Etna como un teatro abandonado, y en el silencio hay un presentimiento de tragedia que resuena al explotar las bombas, obra de los mafiosos sicilianos. El presente se tiñe de rojo: sangre, ruido de sirenas, atentados, madres enlutadas, y la nada por respuesta, pueblan la llanura sícula.

En este treato de lava surge la trágica figura de Tose, que nos remonta de nuevo a la tragedia griega, al morir asesinado en medio de la plaza, y de nuevo un diálogo de textos nos trae la obra *Etnée* de Esquilo, escrita en honor de Catania.

La Europa unida no sabe cómo acabar con los muertos de la vida cotidiana, y bajo el marbete «ajuste de cuentas» entierra a sus muertos y pone mordaza a la verdad y al llanto. El volcán es escenario tanto de las correrías del alegre Eros, como del triunfo de la mueca macabra de la Muerte.

El volcán, lugar simbólico del descenso, en cuyo interior se relacionan y transforman los cuatro elementos (aire, fuego, agua y tierra), se nos presenta como una *coincidentia oppositorum* en el imaginario simbólico, pero también con un rostro múltiple y cambiante en el ámbito de la palabra, que al mirarlo lo transforma, según las necesidades estéticas y creencias de cada época, tan cuidadosamente presentadas en este libro. Tras su lectura, la subida pedregosa de viva lava, coloreada por la humilde retama, como el Vesubio de *La retama* de Leopardi, se torna en un jardín de mitos y leyendas, vivificado por la palabra, en donde oímos los voces y los ecos de textos lejanos y presentimos en su silencio de mineral milenario, las voces de los textos venideros, en las que hombres y mujeres de otros tiempos proyectarán sus sentimientos en esta columna del cielo que preside el *Mare Nostrum*, y sin la que la literatura habría perdido importantes obras. El Etna, magnífico interrogante, se nos presenta como una interrogación retórica y nos interpela, en el día de hoy; con él se renueva el tópico literario del *Ubi sunt* y nos pregunta: ¿Qué fue de Empédocles?, ¿Qué de Euforione di Calcide?, ¿Qué de Goethe o Djurna Barnes, y tantos otros?, ¿Dónde tanta belleza y amor?, ¿A dónde fueron...?.

Pero como es propio, este tópico nos pone frente a un gran interrogante, y sólo deja el silencio por respuesta. Los textos incorporados en *Catasto magico* son manifestaciones de una realidad más profunda, la realidad del hombre afirmando su ser, sentido último de la cultura.

El alma ambivalente de este monte mítico brama o calla, pero se convierte en un enigmático interrogante, ahora columna de nuestro legado cultural. El Etna bello y distante no se resiste a renunciar a su vocación de monte fuera de lo común, surgido tanto por las fuerzas de la naturaleza, como por el imaginario colectivo, recordándonos el poder educativo de las fábulas y los vastos dominios de la imaginación, que hoy podemos transitar, guiados por la bella pluma de la autora italiana.